

MONSEÑOR ROMERO CADA VEZ MAS PRESENTE

En el convulso país en que vivimos las cosas se suceden unas a otras con rapidez y las más actuales hacen olvidar a las pasadas. Personas y acontecimientos muy significativos pasan rápidamente a la penumbra, aunque, anónimamente, sigan configurando la historia salvadoreña. Sin embargo, esto no ocurre con Mons. Romero. Sigue presente, por supuesto, en lo que su persona y obra contribuyó a la historia salvadoreña; pero sigue además explícitamente presente. A los siete años de su muerte su recuerdo se agiganta no disminuye; Mons. Romero va a más, no a menos. Y es importante preguntarse por qué y no contentarse con respuestas simplistas a un hecho tan significativo.

Para dar una respuesta a esta pregunta analicemos cómo se ha celebrado este séptimo aniversario. Ni el gobierno, ni la Fuerza Armada, ni los partidos políticos ni la embajada de Estados Unidos han dicho una palabra pública sobre tan ilustre salvadoreño. Desde su punto de vista es comprensible, aunque no debiera serlo si es verdad que Mons. Romero iluminó la realidad salvadoreña, las causas de su postración y las líneas de solución. Pero, aunque pretendidamente ignorado en el mundo de los poderes oficiales, el recuerdo de Mons. Romero sigue vivo en él: su asesinato no ha sido esclarecido. Y aunque el país esté tristemente acostumbrado a la impunidad de los crímenes, no se acostumbra a ésto. En el mundo oficial sigue pesando como una losa el esclarecimiento de este asesinato; Mons. Romero se hace presente más como incómodo fantasma que como luz que habría que aprovechar, pero ahí sigue. Cada año, los gobernantes tienen que hablar de Mons. Romero aunque no sea más que para admitir que todavía no se ha hecho justicia en el más abominable crimen del país.

Tampoco la Iglesia oficial se ha excedido en la celebración de su aniversario. Normalmente no suelen citar los obispos en sus documentos a

Mons. Romero ni hasta la fecha se han reunido todos ellos en homenaje público a su figura. Esta incomprensible actitud suele justificarse alegando que el cambio de situación en el país ya no le haría relevante para el presente y que su recuerdo es manipulado políticamente por la izquierda, lo cual además de su intrínseca maldad, exacerbaría todavía más lo conflictivo de la situación, cosa que la Iglesia quiere evitar a toda costa. Sin embargo, aunque sin excederse, la Iglesia de la arquidiócesis recuerda su memoria anualmente y también este año se llenó la catedral. Y el recordatorio oficial —aunque se haga polémicamente— de que Mons. Romero fue ante todo un sacerdote y un obispo, es muy bienvenido por los fieles, pues efectivamente lo fue, es lo que siguen añorando en sus sacerdotes y obispos y lo que le sigue haciendo presente.

Como siempre, quienes más y mejor han celebrado a Mons. Romero son el grupo de comunidades, sus agentes de pastoral, los sacerdotes y religiosas que les acompañan. Lo celebran porque lo añoran y buscan en él iluminación, inspiración y ánimo para seguir viviendo en la dura situación actual y para seguir trabajando por su transformación. Estos cristianos ven en Mons. Romero al modelo de salvadoreño, a quien enseña cómo encarnarse hoy en la historia, a quien empuja con fuerza a trabajar por la paz y la justicia, por el diálogo y la reconciliación. Y estos salvadoreños ven en Mons. Romero al cristiano, al hombre de conversión y de fe, de oración y de opción por los pobres. Si se analiza sin prejuicios cómo se preparan y celebran las comunidades a Mons. Romero se verá que lo hacen religiosamente —preguntándose por la propia conversión y la propia fe— y que lo hacen salvadoreñamente —preguntándose qué hay que hacer hoy en El Salvador para que llegue la paz y la justicia.

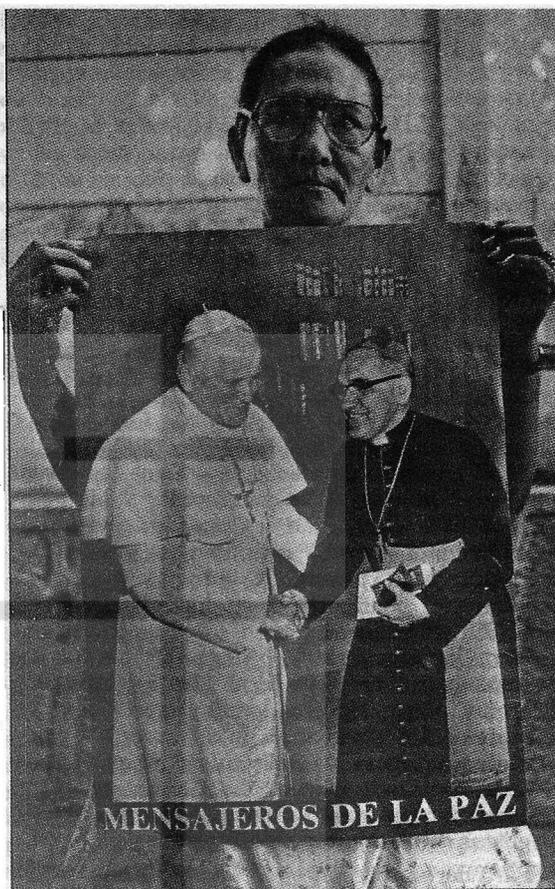
Estos grupos son los que cada año celebran

más a Mons. Romero, no menos. Y desde aquí puede darse respuesta a la pregunta inicial: por qué Mons. Romero no cae en el olvido sino que se hace cada vez más presente. Algunos pretenden explicar el hecho voluntaristamente, como si existiese una campaña preconcebida para mitificar y actualizar su figura en provecho propio. Pero la respuesta no va por ahí. La realidad objetiva, ciertamente en El Salvador, es la que sigue haciendo cada vez más relevante a Mons. Romero para los salvadoreños que quieren ser cristianos y para los cristianos que quieren ser salvadoreños.

Eso es lo que unificó Mons. Romero en su día, de eso dio insuperable testimonio y eso es lo que necesita hoy un país mayoritariamente pobre y creyente, Mons. Romero fue un salvadoreño cristiano y un cristiano salvadoreño. El salvadoreño Monseñor se encarnó en los sufrimientos, en las esperanzas y en la lucha de un pueblo hacia su necesaria y justa liberación; y todo ello lo iluminó, animó y purificó desde la fe. El cristiano Monseñor creyó en Dios, anunció como Jesús la buena noticia a los pobres y denunció a sus opresores, siguió los pasos de Jesús y murió como Jesús con el amor más grande dar la vida; y en todo ello fue empujado y sostenido por la realidad del pueblo salvadoreño. Porque unificó de manera inigualable lo cristiano y lo salvadoreño, por ello es y sigue siendo cada vez más el Monseñor recordado, venerado y querido.

Así lo entiende el pueblo en general, pobre y creyente. Si se pregunta al pueblo sencillo —y varias veces hemos hecho la prueba— la respuesta suele ser unánime y espontánea: "Monseñor dijo la verdad, nos defendió a nosotros de pobres y por ello lo mataron." Con ello están describiendo al salvadoreño que ama a su pueblo y al cristiano que recuerda a Jesús de Nazaret.

Desde aquí hay que entender la pregunta que se repite desde hace años: de quién es Mons. Romero. Supone la pregunta que a Mons. Romero se le puede desvirtuar de tal manera que recordarle y aclararle sólo es una manipulación. El problema es real, pero no hay que precipitarse en la respuesta. En principio puede reducirse a Mons. Romero si se ignora una de sus dos dimensiones. La Iglesia enfatiza el olvido que hacen unos de lo religioso de Mons. Romero en favor de lo histórico, más en concreto, de lo político. Otros pueden decir que la misma Iglesia está olvidando lo histórico y político de Mons. Romero en favor de lo religioso. Pero recortar no significa necesariamente manipular a no ser que se niegue y haga en contra de uno de los aspectos de Mons. Romero. El especializarse, por así decirlo, en recordar su inspiración cris-



tiana o su inspiración social no es nada malo aunque siempre tiene su peligrosidad por ambos lados. Pero el ideal, naturalmente, es mantener unificadamente ambas inspiraciones.

Esto es lo que sigue exigiendo la realidad salvadoreña y lo que desean la mayoría de los pobres creyentes en El Salvador. Desean que sigan resonando con fuerza las palabras de Mons. Romero. Necesitan quien ponga en palabra la trágica realidad actual: "Esto es el imperio de infierno." Necesitan quien proponga y se desviva por los caminos de la paz: "Hay perspectivas de soluciones racionales, hay que unir las fuerzas para salvar a nuestro pueblo." Necesitan quien les devuelva confianza y dignidad: "Con este pueblo no cuesta ser buen pastor" y quien les acompañe: "Les pido oraciones para ser fiel a esta promesa, que no abandonaré a mi pueblo sino que correré con él todos los riesgos." Y necesitan quien mantenga su esperanza: "Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la libertad de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro."

De quienes esto desean y esperan y de quienes por esto trabajan es Mons. Romero. Siguen siendo muchos, aunque no tengan mucha voz. En vida, Mons. Romero les prestó su voz. Ahora, estos le prestan la suya y lo aclaman. No es una voz muy poderosa, pues es la de los salvadore-

ños, cristianos y pobres. Pero su clamor va en aumento cada año. De ellos es especialmente Mons. Romero y ellos lo hacen cada vez más presente.

H. O.

